



PG 227
.H.45
56

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS HERMANOS CORSOS

I

A principios de marzo de 1841, viajaba yo por Córcega.

Nada más pintoresco y más cómodo que un viaje por aquella isla: uno se embarca en Tolón, y en veinte horas se traslada á Ajaccio, ó, en veinticuatro, á Bastia.

Ya en Bastia ó en Ajaccio, uno compra ó alquila un caballo: si lo primero, con alojar de una vez ciento cincuenta peseticas está al cabo; si lo segundo, queda en paz pagando un duro por día. Y no se rían ustedes de la modicidad del precio; el caballo, comprado ó alquilado, hace, como el famoso caballo del gascón que saltaba desde el puente Nuevo al Sena, cosas que no harían Próspero ni Nautilo, héroes de las carreras de Chantilly y del Campo de Marte. Pasa por caminos en los que el mismísimo Balmat hubiera echado garfios, y por puentes en los que Auriol pediría un balancin.

Por lo que respecta al viajero, no tiene que hacer sino cerrar los ojos y dejar que el animal se las componga á su guisa: para nada le atañe á él el peligro.

Añadamos que con el caballo ese que pasa por todas partes, puede uno andar quince leguas diarias, sin que el animal pida bebida ni comida.

De tiempo en tiempo, cuando el viajero se detiene para visitar algún castillo levantado por algún señor, héroe y cabeza de una tradición feudal, ó para dibujar alguna vetusta torre construida por los genoveses, el caballo tunde una mata de yerba, descortezza un árbol ó lame una roca cubierta de musgo, y ya está.

En cuanto al alojamiento nocturno, todavía es más sencillo: el viajero llega á una aldea, atraviesa de punta á cabo la calle Mayor, escoge la casa que más le place y llama á la puerta de ella. Poco después se presenta en el umbral el amo, ó el ama, incita al viajero á que se apee, le ofrece la mitad de su cena, su cama entera si no tiene más que una, y, al día siguiente, al acompañarlo hasta la puerta, le da las gracias por haberle distinguido con su preferencia.

De retribución ni siquiera se habla: el dueño tomaría á grave ofensa la más leve palabra sobre el particular. Si en la casa sirve una muchacha, puede uno regalarle un pañuelo de seda, con el cual la maritornes se aparejará un tocado pintoresco cuando vaya á la feria de Calvi ó de Corte. Si el criado es varón, acepta sin remilgos un cuchillo-puñal, con el que, si da con él de manos á boca, podrá matar á su enemigo.

Cumple informarse, además, de si los servidores de la casa son, como pasa algunas veces, parientes del amo, menos favorecidos que éste de la suer-

te, y que le prestan servicios domésticos en cambio de los cuales se avienen á aceptar los alimentos, la estancia, y uno ó dos duros al mes.

Y no vaya á creerse que por eso estén menos bien atendidos los amos á quienes les sirven sus sobrinos ó sus primos en quinceno ó veinteno grado. No por mi vida. Córcega es departamento francés; pero todavía está muy distante de ser Francia.

En cuanto á los ladrones, ni se oye hablar de ellos; ahora, por lo que hace á los bandidos, abundan más que los malos hermanos; pero ¡ajo! no confundan ustedes los unos con los otros.

Pueden ustedes ir á Ajaccio, ó á Bastia, con una bolsa llena de oro colgada del arzón de su silla, sin que de uno á otro extremo de la isla hayan corrido ustedes el menor peligro; pero no vayan de Occana á Levaco, si tienen un enemigo que haya jurado vengarse de ustedes, pues no obstante ser de solas dos leguas el trayecto, sería fácil que no lo contarán.

Pues sí, como he dicho, á principios de marzo me encontraba yo en Córcega, solo, por haberse quedado Jadin en Roma; y á ella fui desde la isla de Elba, y desembarqué en Bastia, donde compré un caballo por las susodichas ciento cincuenta.

Conocedor como era yo de Corte y Ajaccio, por el pronto recorría la provincia de Sarteno, y el día á que quiero referirme, me encaminaba de Sarteno á Sullacaro.

La etapa era corta, quizá no llegaba á doce leguas, y esto todavía á causa de las vueltas y revueltas del camino y de un estribo de la cadena que forma la espina dorsal de la isla, y que no había otro remedio que atravesarlo. Por eso tomé un guía, para no extraviarme entre los zarzales.

A las cinco de la tarde llegamos á la cúspide del

collado que domina á la vez á Olmeto y á Sullacaro, y allí nos detuvimos un instante.

—¿Dónde desea alojarse su señoría? preguntóme el guía.

Dirigí una mirada á la aldea, y ví que sus calles estaban casi desiertas, pues sólo transitaban por ellas muy contadas mujeres, y aun andaban más que aprisa y mirando á todas partes.

Como en virtud de las reglas de hospitalidad establecidas,—reglas sobre las cuales ya he dicho dos palabras,—tenía en mi mano escoger entre las ciento veinte casas que componen la aldea, busqué con los ojos la habitación que parecía ofrecerme más probabilidades de seguridad, y me fijé en un edificio cuadrado, construido al modo de fortaleza, con barbacanas delante de las ventanas y encima de la puerta.

Era la primera vez que se ofrecían á mi mirada aquellas fortificaciones civiles; pero hay que decir que la provincia de Sarteno es la tierra clásica de la venganza.

—Ya, profirió mi guía siguiendo con los ojos la indicación de mi mano, vamos á casa de la señora Savilia de Franchi. No tiene mal gusto su señoría; se conoce que no le falta experiencia.

Para que no se me olvide, quiero decir aquí que en Córcega continúan hablando italiano.

—¿Hay inconveniente en que yo vaya á pedir hospitalidad á una mujer? pregunté á mi guía; porque si no he oído á V. mal, aquella casa pertenece á una dama.

—A una dama pertenece, es verdad, replicó mi guía con ademán de extrañeza; pero ¿qué inconveniente quiere su señoría que haya en eso?

—Si la señora de Franchi es joven, proseguí, obedeciendo á las consideraciones sociales, ó quizá

y sin quizá movido por mi amor propio parisiense, ¿no puede comprometerla el que yo pase una noche en su casa?

—¿Comprometerla? repitió el guía buscando evidentemente el sentido de tal palabra, italianizada por mí con la frescura que nos caracteriza á los franceses cuando nos lanzamos á hablar una lengua extranjera.

—Claro está, repuse, empezando á impacientarme; ¿no es viuda la señora de Franchi?

—Sí, excelencia.

—Pues si es viuda, ¿recibirá en su casa á un joven?

Y aquí viene de molde decir que en marzo de 1841 tenía yo treinta y seis años y medio, y todavía me intitulaba joven.

—¿Si recibirá á un joven? repitió el guía. ¿Y qué le va ni le viene á la señora Savilia el que V. sea joven ó viejo?

—¿Qué edad tiene la señora Franchi? pregunté, al ver que de continuar interrogando como hasta entonces á mi guía nada sacaría en limpio.

—Unos cuarenta años.

—Entonces de perlas, dije yo respondiendo á mis propios pensamientos. ¿Tiene hijos?

—Dos, por cierto gallardos mozos.

—¿Los verá?

—Verá V. al que vive con ella.

—¿Y dónde vive el otro?

—En París.

—¿Qué edad tienen?

—Veintiún años.

—¿Los dos?

—Sí, señor; son mellizos.

—¿A qué profesión se destinan?

—El que está en París sigue la carrera de abogado.

—¿Y el otro?

—¡Oh! el otro será corso.

—¡Ah! proferí, hallando bastante característica la respuesta, por más que mi guía me la hubiese dado con toda naturalidad. Ea, vamos á casa de la señora Savilia de Franchi.

Mi guía y yo anudamos la marcha, y diez minutos después entramos en la aldea.

Entonces noté una circunstancia en la que no pude fijarme desde lo alto de la colina, y es que todas las casas de Sullacaro estaban fortificadas como la de la señora Savilia; pero no con barbacanas, pues la pobreza de sus propietarios no les consentía indudablemente tal lujo de fortificaciones, sino sencillamente con gruesos y aspillerados tablonnes de roble colocados en la parte inferior de las ventanas, ó con ladrillos.

Pregunté á mi guía qué nombre daban ellos á las aspilleras, y respondiome que el de saeteras; lo cual me hizo comprender que las venganzas corsas eran anteriores á la invención de las armas de fuego.

A compás que íbamos internándonos en las calles, la aldea tomaba un carácter más profundo de soledad y de tristeza.

Muchas eran las casas que parecían haber sostenido sitios y estaban acribilladas á balazos.

De cuando en cuando y al través de las aspilleras, veíamos brillar una pupila curiosa que nos miraba pasar; pero era imposible ver si aquella pupila pertenecía á un hombre ó á una mujer.

Por fin llegamos á la casa que yo designara á mi guía, y que en realidad era la más grande de la aldea; pero llamóme la atención que, fortificada en la apariencia por las barbacanas de que ya he hecho mérito, no lo estaba verdaderamente: quiero

decir que en sus ventanas no había tablones, ni ladrillos, ni saeteras, sino cristales, protegidos, de noche, por postigos.

Verdad es que tales postigos conservaban hue-llas en las cuales un observador no podía ver otra cosa que agujeros abiertos por balas; pero aquellos agujeros eran antiguos, y visiblemente remontaban á una decena de años.

Apenas mi guía hubo llamado, cuando se abrió la puerta, no con timidez y sólo entreabriéndola, sino de par en par y dando paso á un criado.

Al decir criado me he expresado malamente; debí decir un hombre.

Porque lo positivo es que lo que hace al criado es la librea, y el individuo que abrió la puerta vestía chaqueta y calzas de terciopelo y polainas de cuero, y llevaba ceñidos los lomos con una abigarrada faja de seda, de la que sobresalía el mango de un cuchillo de forma española.

—Amigo mío, le dije, ¿es indiscreción para un extranjero que no conoce á persona alguna en Sullacaro, el venir á pedir hospitalidad al ama de V.?

—No, excelencia, respondió el criado; los extranjeros honran la casa en la cual se detienen. Y volviéndose hacia una sirvienta que estaba á sus espaldas, añadió: María, avise V. á la señora Savilia que aquí está un viajero francés que pide hospitalidad.

Dichas estas palabras, el criado descendió una escalera de ocho gradas, empinada como escala de cuerda, que conducía á la puerta de entrada, y cogió de las riendas á mi caballo, libre ya de mi carga.

—No se apure vucencia por nada, me dijo el criado; van á subir su equipaje á su cuarto.

Huelga decir que me aproveché de aquella incitación á la pereza, una de las más agradables que pueden hacerse á un viajero.

II

Subí con ligereza la susodicha escalera, me interné en la casa, y al dar la vuelta á un corredor, me encontré con una mujer de arrogante estatura y vestida de luto, de treinta y ocho á cuarenta años, y en la cual eché de ver inmediatamente al ama de la casa.

—Señora, dije deteniéndome ante ella é inclinándome, debo parecer á V. muy indiscreto; pero la costumbre de la tierra me abona y la incitación de su servidor me autoriza.

—Para la madre es V. bien llegado, me respondió la señora Franchi, y pronto va á serlo V. para el hijo. Desde este instante es V. el dueño de la casa; por lo tanto puede V. usar de ella según más le agradare.

—Vengo á pedir hospitalidad sólo por una noche, señora. Mañana, al quebrar el alba, parto.

—Es V. libre de obrar como le convenga, caballero. Sin embargo, espero que cambie V. de parecer, y que nos cabrá la honra de tenerle más tiempo en nuestra compañía.

Yo me incliné por segunda vez.

—María, continuó la señora Franchi, conduzca usted al caballero al cuarto de Luis. Haga V. inmediatamente lumbre en la chimenea, y lleve agua caliente. Y volviéndose hacia mí, y mientras la sirvienta se disponía á seguir sus instrucciones, prosiguió: V. dispense; pero sé que lo primordial para un viajero fatigado es el agua y el fuego. Hágame V. la merced de seguir á la muchacha, á la cual puede usted pedir cuanto le haga falta. Dentro de una hora cenamos, y mi hijo, que de aquí á entonces se habrá recogido, tendrá, por otra parte, el honor de hacerle preguntar á V. si está V. visible.

—Perdone V., señora, si me presento con estas ropas de viaje.

—Lo está V., caballero, respondió la señora Savilla sonriéndose; pero con la condición de que usted, por su parte, va á perdonar la rusticidad de la recepción.

En esto la muchacha subió la escalera, y yo la seguí después de haberme inclinado por la postrera vez.

El cuarto estaba situado en el piso primero, en la parte de atrás, y caía á un hermoso jardín cubierto de mirtos y adelfas y atravesado oblicuamente por un arroyo que iba á perderse en el Tavaró.

En el horizonte, la vista estaba limitada por una como valla de abetos tan juntos, que parecían una pared.

Como en casi todos los aposentos de las casas italianas, las paredes del cuarto que me habían cedido estaban enjabelgadas y adornadas con algunos paisajes pintados al fresco.

Al punto comprendí que me habían cedido aquel

cuarto, que era el del hijo ausente, por ser el más cómodo de la casa.

Mientras María hacía lumbre y preparaba mi agua, asaltáronme deseos de inventariar mi cuarto y por su alhajamiento formarme una idea del carácter del que lo habitaba.

Inmediatamente pasé del proyecto á la realización, girando sobre el tacón izquierdo, y ejecutando de esta suerte un movimiento de rotación sobre mí mismo que me permitió pasar en revista y uno tras otro los diferentes objetos que me rodeaban.

El ajuar era moderno; lo cual, en aquella parte de la isla en la que todavía no ha entrado la civilización, no deja de ser una manifestación de lujo bastante rara. Componíase dicho ajuar de una cama de hierro con tres colchones y una almohada, de un diván, cuatro sillones, seis sillas, una biblioteca de dos cuerpos y un bufete, todo de caoba y evidentemente salido del taller del primer ebanista de Ajaccio.

Diván, sillones y sillas estaban cubiertos con sendas fundas de indiana con flores, y de igual tela eran las cortinas que colgaban delante de las ventanas y envolvían la cama.

En este punto de mi inventario, María se salió, dejándome libre de proseguir más minuciosamente mis investigaciones.

Al efecto abrí la biblioteca, y hallé en ella la colección de todos nuestros grandes poetas, quiero decir de Corneille, Racine, Moliere, La Fontaine, Ronsard, Víctor Hugo y Lamartine; de nuestros moralistas Montaigne, Pascal y Labruyere; de nuestros historiadores Mezeray, Chateaubriand y Agustín Thierry; de nuestros sabios Cuvier, Beudant y Elías de Beaumont, y por último algunas novelas,

entre las cuales saludé con cierto orgullo mis *Impresiones de viaje*.

Como en los cajones del bufete estaban las llaves, abrí uno, y en él hallé fragmentos de una historia de Córcega, un trabajo referente á los medios que deberían emplearse para abolir la venganza, versos franceses, y algunos sonetos italianos: todo manuscrito. Era más de lo que yo necesitaba, y díme á entender que no tenía para qué llevar más allá mis investigaciones para formar concepto de Luis de Franchi.

El cual debía de ser sosegado, estudioso, y partidario de las reformas francesas. Entonces comprendí que se hubiese ido á París para recibirse de abogado; y es que tal proyecto encerraba indudablemente para él un plan de civilización.

Estas reflexiones las hacía yo mientras me vestía.

Mi tocado, aunque no dejaba de ser pintoresco, estaba necesitado de cierta indulgencia, como ya se lo había dicho yo á la señora de Franchi. Componíase de una chaqueta de terciopelo negro, abierta en las costuras de las mangas, á fin de darme aire en las horas cálidas del día, camisa de seda listada, pantalones también de terciopelo negro, sujetados desde la rodilla al tobillo por polainas españolas abiertas á un lado y bordadas de sedas de colores, y un sombrero de fieltro que tomaba todas las formas que uno quería darle.

Acababa yo de enfundarme en aquella especie de traje, que recomiendo á los viajeros como uno de los más cómodos que conozco, cuando se abrió la puerta de mi cuarto y pareció en ella el mismo individuo que me introdujera en la casa, para anunciarme que acababa de llegar su joven amo, el señor Luciano de Franchi, el cual solicitaba de mí,

en el caso de estar visible, licencia para venir á darme la bienvenida.

Excuso decir que me puse á las órdenes de Luciano de Franchi.

Poco después oí rumor de pasos apresurados, y casi al punto me encontré en presencia de mi hospedador.

El cual era, como me lo había dicho mi guía, un mozo de veinte á veintiún años, de cabellos y ojos negros y tez oscurecida por el sol, y más bien bajo que no alto, pero admirablemente proporcionado.

En su afán por saludarme, Luciano subió cual se encontraba, esto es en traje de montar, compuesto de gabán de paño verde, al que daba cierto aspecto militar una cartuchera ceñida á los lomos, pantalones de paño ceniciento, forrados de piel de Rusia en la entropierna, botas con espuelas, y gorra parecida á la que usan nuestros cazadores de África.

Olvidábaseme decir que pendientes de su cartuchera llevaba, á un lado, un frasco de viaje, y al otro una pistola, y que, además, empuñaba una carabina inglesa.

Luciano de Franchi, cuyo labio superior apenas estaba sombrado por el bozo, no obstante su juventud respiraba por todos sus poros un aire de independencia y de resolución que me dejaron admirado.

Echábase de ver en él al hombre criado para la lucha material, acostumbrado á vivir en medio del

peligro sin temerlo, pero también sin despreciarlo: grave porque está solitario, tranquilo porque es fuerte.

Una sola mirada le bastó á mi hospedador para verlo todo, mi estuche, mis armas, el traje que acababa yo de quitarme y el que ahora vestía.

Su mirada era tan pronta é infalible como la de todo hombre cuya vida depende á las veces de una ojeada.

—Perdóneme V. si le importuno, me dijo Franchi, pero me abona mi buena intención, como es la de informarme de si falta á V. algo. Nunca veo llegar sin cierta inquietud á un hombre del continente; porque somos todavía tan montaraces los corsos, que en realidad de verdad ejercemos temblando, sobre todo para con los franceses, nuestra antigua hospitalidad que, por lo demás, pronto será la única tradición que de nuestros padres nos quede.

—Hace V. mal en darse mal rato, señor de Franchi, respondí, pues es difícil prevenir mejor las necesidades de un viajero que lo ha hecho la señora Savilia. Y dirigiendo á mi vez una mirada al rededor del aposento, añadí: Por otra parte, no es aquí donde me quejaré de la supuesta salvajez de que me ha hablado V. con un poco de buena voluntad, y como no viese yo desde estas ventanas la admirable perspectiva que se ofrece á mis ojos, podría darme á entender que me encuentro en un cuarto de la Calzada de Antín.

—Sí, profirió Luciano, era una manía de mi pobre hermano Luis: le gustaba vivir á la francesa; pero dudo que cuando regrese de París, le baste, como antes de su partida, esta mezquina parodia de la civilización que habrá dejado.

—¿Hace mucho que salió de Córcega el señor

hermano de V. ¿pregunté á mi joven interlocutor.

—Diez meses.

—¿Le aguardan ustedes pronto?

—¡Oh! no antes de tres ó cuatro años.

—Es una ausencia muy larga para dos hermanos que indudablemente nunca se habían separado.

—Y sobre todo para dos hermanos que se aman como nosotros nos amamos.

—Por supuesto que vendrá á ver á ustedes antes de acabar sus estudios.

—Es probable: á lo menos así nos lo prometió.

—Como quiera que sea, nada impediría á V. ir á hacerle una visita.

—No, yo no salgo de Córcega, profirió Luciano con acento que envolvía ese amor á la patria que confunde al resto de la tierra en un mismo desdén. Y al ver que yo me sonreía, se sonrió á su vez y añadió: A V. le parecerá singular que un hombre no quiera salir de un país mísero como el nuestro. ¡Qué quiere V.! yo soy un como producto de la isla, como la carrasca y la adelfa; necesito una atmósfera impregnada de las emanaciones del mar y de la montaña; necesito atravesar mis torrentes, subirme á mis peñas, explorar mis bosques; necesito espacio, libertad... Tengo para mí que si me trasladaran á una ciudad, me moriría en ella.

—¿Cómo se explica una diferencia moral tan profunda entre V. y su hermano?

—Con un parecido físico tan estupendo, añadiría V. si V. lo conociese.

—¿Se parecen ustedes mucho?

—Hasta extremo tal, que, cuando eramos niños, mis padres se veían obligados á ponernos una señal en nuestros vestidos para diferenciarnos uno de otro.

—¿Y al crecer?

—Nuestras costumbres han introducido una ligera diferencia en la tez, nada más. Mi hermano, entregado incesantemente al estudio y al dibujo, ha palidecido; yo, al contrario, corriendo siempre por la montaña y el llano, me he puesto moreno.

—Espero que me hará V. juez de esta diferencia dándome algún encargo para el señor Luis de Franchi.

—Si lo haré, y con mucho gusto, si es V. tan amable. Pero V. perdone, veo que está V. más adelantado que yo en el tocado, y dentro de un cuarto de hora vamos á cenar.

—¿Va V. á tomarse para mí la molestia de mudar de traje?

—Aunque así fuese, no tendría V. que echarlo en cara á nadie más que á V. mismo, pues V. me habría dado el ejemplo; pero ya ve V., voy en traje de montar, y es menester que me ponga el de montañés. En cenando tengo que hacer una diligencia, en la que me molestarían grandemente mis botas y mis espuelas.

—¡Ah! ¿después de cenar sale V.?

—Sí, tengo una cita... No se sonría V. maliciosamente; la cita á que me refiero no es por el estilo de las que se da V. á entender, sino motivada por asuntos graves.

—¿Supone V. que soy lo bastante presuntuoso para creer que tengo derecho á sus confidencias?

—¿Por qué no? Hay que vivir de manera que uno pueda decir en alta voz cuanto hace. Nunca he tenido amante, ni la tendré. Si mi hermano casa y tiene hijos, es probable que me quedaré soltero. Sí, al contrario, Luis no toma mujer, será preciso que yo la tome, pero únicamente para que no se extinga mi linaje. Y riéndose prosiguió: Ya he dicho á V. que soy un verdadero montaraz;

he venido al mundo un siglo demasiado tarde... Pero continuó charlando como una corneja, y á la hora de cenar no estaré listo.

—No se apure V., repuse, podemos continuar nuestra conversación. ¿No está frontero de este el cuarto de V.? Deje V. pues abierta la puerta y conversaremos.

—Haga V. mejor, véngase á mi cuarto, y mientras me visto en mi tocador, V., que por lo que veo es aficionado á las armas, inspecciona las mías, algunas de las cuales tienen cierto valor, histórico se entiende.

IV

El ofrecimiento de Luciano armonizaba de tal suerte con mi deseo de comparar los aposentos de los dos hermanos, que acepté al punto, y seguí á mi hospedador, el cual abrió la puerta de su cuarto y se me anticipó para mostrarme el camino.

Ahora parecióme entrar en un verdadero arsenal.

Todos los muebles eran del siglo xv y del xvi: la cama, esculpida y con dosel sostenido por columnas salomónicas, ostentaba, como las ventanas, colgaduras de damasco verde con flores de oro; las paredes estaban cubiertas de cuero de España, y, en todos los intervalos, había muebles que sostenían trofeos de armas góticas y modernas.

No era posible equivocarse respecto de las inclinaciones del que habitaba en aquel aposento: eran tan belicosas cuanto apacibles las de su hermano.

—Se halla V. en medio de tres siglos, me dijo el mozo entrando en su gabinete: inspeccione V. Yo, entretanto, me visto de montañés, como ya se lo he advertido, porque me urge salir en cenando.

—De todas esas espadas, arcabuces y puñales,

¿cuáles son las armas históricas de que V. me ha hablado?

—Hay tres; pero procedamos por orden. Busque usted en la cabecera de mi cama un puñal aislado, de ancha cazoleta y puño en forma de sello.

—Ya está. ¿Y bien?

—Es la daga de Sampietro.

—¿Del famoso Sampietro, el asesino de Vanina?

—¡El asesino! el matador querrá V. decir.

—Páreceme que olivo y aceituno...

—En el resto de la tierra puede que sí, pero no en Córcega.

—¿Y es auténtico ese puñal?

—Mírelo V. y verá en él las armas de Sampietro, aunque sin la flor de lis de Francia; ya sabe usted que hasta después del sitio de Perpiñán Sampietro no estuvo autorizado para grabar la flor de lis en su blasón.

—Ignoraba esta circunstancia, dije. ¿Y cómo pasó á manos de V. ese puñal?

—Hace tres siglos que está en las de la familia. El mismo Sampietro lo donó á un Napoleón de Franchi.

—¿En qué ocasión? ¿lo sabe V.?

—Sí, señor. Sampietro y mi antecesor cayeron en una emboscada genovesa y se defendieron como leones; á Sampietro se le cayó el casco, y un jinete genovés iba á descargar sobre él su maza, cuando mi antepasado le hundió su puñal en el falso de la coraza; el jinete, al sentirse herido, picó á su caballo y huyó llevándose el puñal de Napoleón, tan hondamente clavado en la herida, que no pudo arrancárselo. Ahora bien, como, según parece, mi antecesor tenía mucho apego á su puñal, y deploraba haberlo perdido, Sampietro le dió el suyo. Napoleón no perdió en el cambio, pues ese

es de marca española, como puede V. cerciorarse, y taladra dos monedas de á cinco pesetas superpuestas.

—¿Me autoriza V. para que yo haga la prueba?

—Mucho que sí.

Puse dos monedas de á cinco pesetas en el suelo y descargué sobre ellas y con fuerza el arma.

Luciano había dicho la verdad.

Cuando levanté el puñal, las dos piezas estaban clavadas en la punta, atravesadas de parte á parte.

—Realmente es el puñal de Sampietro, dije. Lo único que me admira, es que poseyendo aquél semejante arma, se valiese de una sogá para matar á su mujer.

—Como la había dado á mi antecesor, ya no la poseía.

—Es cierto.

Cuando Sampietro se trasladó expresamente de Constantinopla á Aix para dar al mundo la gran lección de que las mujeres no tenían que meterse en los negocios de Estado, tenía más de sesenta años.

Yo me incliné en señal de adhesión y volví el arma á su sitio.

—Bueno, dije á Luciano, que continuaba vistiéndose, ya está en su clavo el puñal de Sampietro; ahora pasemos á otra arma.

—¿Ve V. dos retratos pareados?

—Sí, Paoli y Napoleón.

—Pues bien, junto al retrato de Paoli hay una espada.

—La veo.

—Es la suya.

—¡La espada de Paoli! ¿Y es tan auténtica como el puñal de Sampietro?

—A lo menos, porque, como el puñal, fué donada, no á uno de mis abuelos, sino á una de mis abuelas.

—¿A una de sus abuelas, dice V.?

—Sí, señor. Puede que haya V. oído hablar de una mujer que, durante la guerra de la independencia, se presentó en la torre de Sullacaro acompañada de un doncel.

—No he oído hablar de tal mujer. Cuénteme V. esa historia.

—¡Oh! es muy corta.

—Tanto peor.

—No tenemos tiempo de ser habladores.

—Escucho.

—Pues bien, la mujer y el doncel que he dicho, se presentaron en la torre de Sullacaro, pidiendo hablar con Paoli. Pero como Paoli estaba ocupado en escribir, les negaron la entrada, y como la mujer insistiese, los dos centinelas la apartaron. En esto, Paoli, que había oído ruido, abrió la puerta y preguntó cuál era la causa de aquella bulla.

—Soy yo, dijo la mujer; quería hablar contigo.

»—¿Y qué venías tú á decirme?

»—Venía á decirte que tenía dos hijos. Ayer supe que el primero había muerto en defensa de la patria, y he hecho veinte leguas para traerte el segundo.»

—Me está V. contando una escena de Esparta, dije á Luciano.

—Sí, tiene muchos puntos de contacto.

—¿Y qué mujer era aquella?

—Una mi tatarabuela. Paoli descolgó su espada y se la dió.

—¡Hombre! me hace gracia este modo de disculparse para con una mujer.

—¿Verdad que la manera fué digna de ella y de él?

—Sí. Bueno, ahora dígame V., ¿y este sable?

—Es el que Bonaparte llevaba en la batalla de las Pirámides.

—¿Indudablemente ha pasado á poder de la familia de V. del mismo modo que el puñal y la espada?

—Sí, señor. Después de la batalla, Bonaparte dió á mi abuelo, oficial de guías, la orden de cargar, con cincuenta hombres, un grupo de mamelucos que todavía se sostenían firmes en torno de un jefe herido. Mi abuelo obedeció, dispersó á los mamelucos y presentó el jefe al cónsul. Ahora bien, mi abuelo, al envainar notó que no podía efectuarlo á causa de estar la hoja de su sable toda mellada por los yataganes de los mamelucos. Entonces mi abuelo arrojó lejos de sí sable y vaina, por serle ya inútiles, visto lo cual por Bonaparte, le dió el suyo.

—Yo de V., repuse, tanto me gustaría poseer el sable de mi abuelo, pese á estar mellado, como el del generalísimo, por mucho que se haya conservado intacto.

—Por eso puede V. verlo frontero de V. El primer cónsul lo recogió, hizo incrustar en la empuñadura el diamante que ve V. en ella, y lo envió á mi familia con la inscripción que se lee en la hoja.

Efectivamente, entre las dos ventanas y medio fuera de la vaina, en la que no podía entrar, pendía el sable, mellado y torcido, con esta sencilla inscripción:

Batalla de las Pirámides, 21 de julio de 1798.

En esto reapareció en el umbral el mismo servidor que me había introducido y me anunciara luego la llegada de su joven amo, y dirigiéndose á éste, le dijo:

—Excelencia, de parte de la señora de Franchi que la cena está servida.

—Está bien, Griffó, respondió Luciano; diga V. á mi madre que al punto estamos con ella.

Dichas estas palabras, el joven se salió del gabinete, vestido de montañés, es decir con redonda chaqueta de terciopelo, calzas y polainas; del traje de montar sólo había conservado la cartuchera que le ceñía la cintura.

Franchi me encontró ocupado en contemplar dos carabinas colgadas una frente á la otra y ambas con la siguiente inscripción incrustada en la culata: *21 de setiembre de 1819, á las once de la mañana.*

—¿También son armas históricas estas carabinas? pregunté.

—Sí, señor, á lo menos para nosotros. Una de ellas es la de mi padre...

—¿Y la otra? pregunté al ver que Luciano se interrumpía.

—La otra, respondió Luciano echándose á reír, es la de mi madre. Pero bajemos al comedor, ya sabe V. que nos están aguardando.

Y adelantándoseme para indicarme el camino, Franchi me hizo seña de que lo siguiese.

V

Confieso que la última respuesta de mi hospedador me despertó en grado máximo la curiosidad.

—¡Cómo! decía para mí, ¡la carabina de su madre!

Esto hizo que me fijara todavía más que no en la primera entrevista, en la señora de Franchi.

Su hijo, al entrar en el comedor, le besó respetuosamente la mano, y ella recibió este homenaje con la dignidad de una reina.

—Perdone V., madre, si la hemos hecho esperar, dijo Luciano.

—En este caso, dije yo inclinándome, mía es la culpa; el señor Luciano me ha referido y mostrado cosas tan curiosas, que con mis interminables preguntas le he hecho retardar.

—Sosíguese V., repuso la señora Savilia, acabo de bajar ahora mismo. Y volviéndose hacia su hijo, añadió: Anhelaba verte para pedirte nuevas de Luis.

—¿Por desventura estaría enfermo el hijo de V.? pregunté á la señora de Franchi.

—Luciano así lo teme, respondió la dama.